

Materia / **Sexualidad**

El goce y la Ley

Mientras filósofos y psicólogos sostienen que la educación sexual es imposible, el Gobierno en un año electoral y con el voto de los partidos políticos, decidió llevarla a los colegios.

Por **LUIS FRONTERA**



Al comienzo de los ochenta, la ficción, como siempre, se anticipó a la realidad: las primeras víctimas del sida presentaban la misma sintomatología que los marcianos que invadieron la tierra en "La guerra de los mundos", escrita por H. G. Wells en 1898. Como los humanos de hoy, aquellos extraterrestres dueños de una tecnología fascinante, comenzaban a morir por las enfermedades más simples de nuestro planeta, se derrumbaban ante una diarrea y los sequestraba un herpes o la toxoplasmosis: como si al Imperio Romano lo hubiera vulnerado una urticaria o el pie de atleta hubiese devastado a la civilización griega.

La pandemia de la infección por VIH fue y es el llamado de atención más convincente, aunque no el único, para que los países establezcan políticas de prevención sanitaria. La Argentina, al respecto, ha establecido una Ley de Educación Sexual. Pero no obstante, considerando la histórica insumisión de la sexualidad hacia la pedagogía, que este trabajo intenta señalar, no se debería ser optimista en cuanto a los resultados.

Por el lado práctico, recién comenzadas las clases, no hay cambios evidentes. En Buenos Aires, Santa

Fe o San Luis, lugares consultados, la opinión de docentes y alumnos puede sintetizarse en una frase: "Dicen que, más adelante, van a venir unos médicos a explicar el tema...".

Pero es en el aspecto teórico donde, en principio, a la propuesta educativa se le ven los huesos. ¿Será posible educar la sexualidad, tal como lo pretende

la Ley 26.150, aprobada por el Senado y la Cámara de Diputados de la Nación, y cuya paternidad atribuyen los carteles al ministro de Educación, Daniel Filmus, en su campaña para acceder al gobierno de la Ciudad de Buenos Aires? ¿No se tratará de una falacia electoralista que, además de comprometer a los docentes, confundirá a los escolares? ¿Qué garantía, por sí sola, la existencia de una ley? ¿La divina institución jurídica, para legislar en materia sexual, no habrá copulado con lo que ella misma se imaginó al respecto?

Por ahora, el presuntuoso tono con que sus creadores mencionan la Ley de Educación Sexual, sólo recuerda las aseveraciones de Michel Foucault: "El poder es un modo de regulación a través de la información y está en todas partes. Maestros, médicos, asistentes sociales y hasta los obreros, son jueces de ese poder. Y cuatro son los fundamentos de ese control del Poder: histerización del cuerpo de la mujer."

pedagogización de la sexualidad infantil, socialización de la conducta procreativa y psiquiatrización del placer perverso".

"Sexuados, parlantes y mortales"

Albert Einstein, al cumplir 50 años de edad, le preguntó a Sigmund Freud por qué lo llamaba "un afortunado mortal", siendo que nunca lo había tenido de paciente ni estudiado el interior de su mente. El autor del psicoanálisis, le contestó que era afortunado por trabajar en física matemática, materia sobre la cual muy pocos podían opinar, y no en psicología (o sexualidad), en donde todo el mundo se consideraba con autoridad para emitir algún veredicto.

Además, pensaba Freud, Einstein había tenido precursores de la talla de Newton, mientras que él debía abrirse paso a "machetazos" en medio de una espesa jungla.

Alguna molestia de ese tipo hay que asumir cuando se trata de sexo o cuando se presume de algún conocimiento sobre el tema. Porque el mismo Freud recurría a una natural modestia cuando opinaba sobre la sexualidad. Y es que, el autor de la primera teoría sexual no somática, al igual que otros especialistas y filósofos de nuestros días, no creía que fuese posible la constitución de conocimiento alguno sobre el sexo. Porque había llegado a la conclusión de que la sexualidad entre los humanos no es instintiva y de que, por eso mismo, carece tanto de un comportamiento preformado y con objeto fijo como de un fin universalizable (unión del pene y la vagina).

El padre de la "superstición vienesa" (como bromea Ricardo Piglia para mencionar al psicoanálisis) estaba convencido de que la sexualidad humana es una creación cultural y que no se ajusta del todo a las normas previsibles de la naturaleza, como si sucede en el caso de los animales (es sabido que el león, casi inevitablemente, buscará a una leona).

El humano, excitado en cualquier tiempo y no en una definida época de celo, podrá desear, para la cópula, el recto de otro varón, o la boca de una mujer o se dará placer con sus propias manos. ¿Acaso no existen perversos que hostigan niños? ¿Y no hay, también, otros que prefieren cadáveres?

Se puede decir que son "degenerados". Pero el calificativo, que servirá para castigarlos si ejecutan su delirio sexual contra la voluntad de una víctima, no desentrañará el tema de este artículo. Porque si no se entiende la existencia de las "perversiones" (fetichismo, pedofilia, sadomasoquismo, etc.) tampoco se podrá pensar la sexualidad humana.

Es evidente que la diferencia sexual entre las personas no sólo está determinada por la anatomía ni de manera cromosómica u hormonal. Hay muchos indicios, por el contrario, de que la sexualidad humana es una creación cultural en cuyo interior se manifiesta la existencia de un antagonismo con lo que llamamos razón.

Es lo que, a su manera, afirma la filósofa nortea-

mericana Joan Copjec: "El sexo es el traspié del sentido y encuentra su lugar donde las prácticas discursivas tropiezan y no donde logran producir algún significado".

Los tiempos de hoy, por otra parte, no hacen más que poner frente a cualquiera ciertas evidencias: la tvé emite mutaciones sexuales en horario central, hay abuelas embarazadas para su hija con semen de su yerno, internet presenta desfiles de cuerpos cyborg y queer, hay viudas que desean clonar a su esposo muerto y masturbadores profesionales que donan semen. Y hay, también, niños que descubren que la mamá de su amiguito del colegio es el papá con ropa de mujer.

Mientras el instinto sabe por herencia cuál es su objeto (el animal con hambre busca alimento), la "pulsión" humana (del alemán "trieb": empuje) se dirige a objetos extraños, vagabundos y sin sentido razonable.

Hasta Carlos Marx, la filosofía y la política hablaban de las "necesidades materiales": después de

Freud, y sin negar que la gente debe tener lo material para vivir, se plantea la insuficiencia de la necesidad y de la razón para captar el deseo de los humanos que, como dice el filósofo argentino Jorge Alemán, es siempre sexuado, parlante y mortal. Ya está claro y muy visto que, el deseo, también puede satisfacerse mediante el dolor y el displacer.

Finalmente, en la "modernidad líquida", como llama a la época actual el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, tanto la necesidad material como el deseo han sido superados por el consumo compulsivo. El mercado ofrece cuerpos, objetos electrónicos y, mediante internet y otros medios, las parejas se buscan "hechas" (que pese tantos kilos, que fume o que no, etc.).

La nueva quimera es que, en la carrera del consumo compulsivo, que incluye al sexo y a los tóxicos, la línea de llegada se desplaza más rápido que el corredor y, así, el maratón sólo tiene línea de partida. Y si la prédica moderna postulaba propósitos revolucionarios ante cada conflicto, la "modernidad líquida" (que como los líquidos no tiene forma pre-establecida y asume siempre la del envase) prefiere dictaminar que hay cuestiones que no pueden resolverse. Y cambiar esa postura, más que de los políticos, parece un desafío para los intelectuales, en especial para los filósofos.

Los maestros sexuales

El hambre y el sexo han suscitado, a través de la historia, dos de las más fuertes pasiones humanas. Pero mucho más se ha escrito y hablado sobre lo segundo que sobre lo primero. ¿Por qué tanto discurso sobre el sexo? ¿Si existe un porcentaje tan alto de interrogantes y certezas no será, justamente, porque hay algo de lo sexual que no termina nunca de saberse ni decirse?

El seguimiento de cierto relato teórico puede ofrecer algún esclarecimiento sobre la interrelación entre la sexualidad y la educación. Esa narración dice

"Hay muchos indicios de que la sexualidad humana es una creación cultural antagónica con lo que llamamos razón."

que la historia personal de cada sujeto (ontogénesis) reproduce, en cierta forma, la historia de la humanidad (filogénesis).

La hipótesis indica que, tanto en la vida de la sociedad como en la del individuo, la educación (toda y no sólo la del colegio), sería la encargada de hacer que el niño vuelva a cumplir el camino evolutivo que condujo a la humanidad hacia la cultura. Una parte esencial de esa educación estaría expresada en la proscripción de ciertos actos sexuales, como ser, y para nombrar tan sólo al crucial, el de la prohibición del incesto.

Según esa crónica, bastante aceptada por la antropología, existe una antinomia entre la sexualidad y la civilización, ya que ninguna civilización sería posible si cada uno tuviese relaciones sexuales con quien se le antojase y en donde quisiese.

Esas dos fuerzas opuestas, sexo y cultura, reaparecerían, también, en el interior de la relación pedagógica. Porque siempre ha sido la educación la fuerza empleada para lograr que, el destino de las pulsiones sexuales censuradas, se sublimen y se conviertan en grandes obras de la cultura.

Suele haber coincidencia, entonces, en señalar que la responsable de muchos padecimientos ha sido y es la moral represiva. Pero tomando en cuenta el enfrentamiento entre sexualidad y cultura, podría preguntarse: ¿la educación, que es un agente directo de la propagación de ese daño, puede al mismo tiempo conducir hacia libertad alguna?

Y esa pregunta llevaría a otras: ¿la copulación, prohibida en la infancia y por la religión, puede enseñarse luego en la juventud? ¿El autoritarismo, del que los maestros han sido víctimas y victimarios (formaciones militares y chicos sometidos a gritos), ha sido una falla del sistema, o ha formado parte, durante años, de sus objetivos básicos? ¿Si hay un baño para mujeres y otro para varones, no es eso algo más fuerte que un discurso sobre la igualdad de los sexos? ¿El origen de la represión sexual en la escuela, no ha tenido que ver, al menos en algunos casos, con la mala conciencia que algunos docentes debían a sus propias represiones? ¿Los niños, no se ven forzados a reprimir pensamientos sanos, porque los adultos desconocen su propia sexualidad y particularmente sus raíces infantiles? ¿Si dictando mal ciertas materias algunos docentes terminaron pensando por sus discípulos, con la llamada "ley de educación sexual" (a la que aún no se ha visto andar), no habrá maestros que se verán tentados, también, a desear por ellos?

Si se considera que, en parte, la responsable de la moral represiva, ha sido la misma educación, se debería pensar que, en lo que respecta a la sexualidad, la nueva materia, más que como una educación, debería ser planteada como una "contra-educación".

Pero antes de pasar a ejemplos comprobables sobre la imposibilidad de "educar la sexualidad", conviene aclarar algo más sobre la "topografía" de la pulsión sexual: si bien el deseo es imposible de ser narrado con palabras, eso no quita que sí puede ser

emitido. Porque es evidente que el deseo se comunica a través del habla, aunque el deseo y el habla no sean un "matrimonio ejemplar", ya que a veces armonizan y otras veces se repudian.

Lo prohibido, entonces, no es el deseo (sería imposible) sino su concreción: pero eso no significa que el deseo goce de una libertad total sino que, por el contrario, es gracias a esa prohibición que siempre está presente.

Al respecto, sobre la sexualidad, continúa vigente una conclusión freudiana: "La satisfacción fácil mata el deseo". Que bien puede coronar lo escrito por Charles Baudelaire: "El más grande placer consiste en hacer algo prohibido".

La "funda-mental"

Las cubiertas sobre el pene se remontan a más de mil años a.C. cuando los egipcios las usaban para decorarse. Recién en 1564 d.C. Falopio describió algunas de lino. Y en 1840, con la vulcanización del caucho, se produjo la fabricación en masa de preservativos.

Aún cuando contribuyó de manera importante a la lucha contra la sífilis y la blenorragia, la mayoría de los varones y mujeres reaccionaron contra esta ajenidad corporal. Incluso aquellos que aceptaron otras prótesis históricas -dentaduras, lentes de contacto, pelucas, marcapasos, siliconas-, opusieron resistencia al preservativo.

Si se tiene en cuenta que, con o sin vacuna, el sida ha llegado para quedarse -nadie va a dejar de infectarse porque existan medicamentos-, es llamativo que no se termine de aceptar esta ajenidad corporal, el condón, que convivirá con los humanos durante mucho tiempo como única barrera mecánica entre el virus y la célula huésped.

Pero la irrupción de cualquier ajenidad vuelve a revelar que el cuerpo es un teatro misterioso, en cuyo escenario conviven el placer y el dolor (para más, en la Argentina, el nombre de la goma que puede salvar la vida es "forro", el mismo que nombra a los imbéciles y a los que se dejan usar).

Pilar Planet, de la Comisión Nacional de Sida de Chile, bien expresaba, en un congreso, que el sida, en la comunicación, ha cuestionado algunos principios acerca de la información en los cambios de conducta sexuales. Decía la educadora chilena: "Si las personas reciben una información que apunta en dirección contraria a las creencias y hábitos sexuales incorporados, estas estructuras resistirán con eficiencia el intento de modificación. Lo infundado ha sido creer que estos cambios educativos iban a generar, en forma automática, cambios en la conducta".

ONUSIDA acaba de informar que, siendo Sudáfrica uno de los países con mayor número de infectados por el VIH, y aún así, sólo el 45 por ciento de los adolescentes sudafricanos admite utilizar preservativos. Agrava esta información el hecho de que, de 4000 jóvenes entrevistados, el 6 por ciento tuvo una relación sin preservativo con alguien que tenía un resultado seropositivo en sus análisis.

A fin de intentar poner algo de luz sobre datos de

"La tendencias sexuales escapan a la influencia educativa y conservan un carácter rebelde."

tanta gravedad, resulta útil regresar a ciertas formulaciones sobre el desarrollo de la estructura mental. Estas dicen que, a través de la historia, las necesidades fisiológicas, bajo la presión del placer, forzaron a los procesos psíquicos a evolucionar y diferenciarse entre sí.

En tal sentido, lo que se denomina el "Yo" (instancia que viene a representar algo así como el polo defensivo de la personalidad), cumplió una función inhibitoria y se puso al servicio de una tarea que consiste en mantener la supervivencia del aparato psíquico, amenazada por los riesgos de la sexualidad y el dolor.

Quedó claro, con esto, que a la pulsión sexual no le importan las decisiones del Yo. Porque a ella no le interesa, en absoluto, que por su concreción el individuo sufra o muera.

Según esta conjetura, la influencia de la educación es algo que sólo se ejerce sobre el Yo. Solamente ellas -las pulsiones del Yo- serían educables. Mientras que las pulsiones sexuales quedarían sustraídas de toda influencia debido a su independencia con el mundo exterior.

Las tendencias sexuales, por su propia naturaleza, escapan a la influencia educativa y, en la mayoría de las personas, conservan un carácter antirreglamentario, extraño y rebelde.

La psicoanalista Celina Wainer, en un congreso de psicoanálisis, narró la historia clínica de un paciente infectado con el VIH y señaló, fehacientemente, de qué manera, en esta persona, el Yo ignoraba lo que el sujeto sabía. Y pudo decir exactamente: "El discurso de la prevención está plagado de 'buenas intenciones', es un discurso Amo que no siempre promueve el cuarto de giro que lo haría rotar, y por ende, está llamado al fracaso".

Asimismo, el autor de este trabajo (ver "NOTICIAS" 1558) narró que, en 1993, entrevistó a tres mil personas desde Ushuaia hasta Salta. Escribía entonces un libro sobre sida ("Argentina país HIV", Galerna) que hoy está agotado. Contra la muerte y frente a la epidemia que costaba miles de dólares por paciente, había algo "fundamental" y que costaba pocos centavos o se conseguía gratuitamente: el preservativo. Pero muchísimas personas, de todas las edades, se negaban a usarlo: "Quita sensibilidad", decían los varones. "Detiene el juego previo", las mujeres.

Pero gracias a un psicoanalista, Marcelo Peluffo, se obtuvo una respuesta esclarecedora: en una relación sexual, el preservativo, al interponerse entre dos cuerpos, abortaba la ilusión de poseer al otro.

"Siempre hay algo que se interpone entre dos partenaires -dijo Peluffo- y siempre estamos llenos de forros. Pero claro, la diferencia con el preservativo es que se advierte, se toca y se convierte en un forro más en la relación con el otro. Por eso, más que fundamental, el preservativo es "fundamental".

¿Hecha la ley hecha la trampa?

Si la sexualidad humana pudiera ser "educada"

existirían caminos más eficaces que el de llevarla a los colegios. Se debería hablar, por ejemplo, con las autoridades religiosas y sus seguidores, y pensar, junto con ellos, los daños que se ocasionan al admitir solamente el sexo reproductivo, al pretender obligar a la monogamia de por vida, al predicar la heterosexualidad, cuestionar la masturbación y atacar al preservativo en medio de la pandemia del sida.

De ser posible una sinergia con tales representantes, no sería ya necesaria la educación sexual. Alcanzaría con "educarlos" a ellos y, ya sin superstición ni fanatismo, se terminaría la represión más rápida que dando clases a los alumnos...

Peró que la sexualidad, como la memoria o los sueños, sea imposible de ser educada no significa, en absoluto, que se pueda o se deba renunciar a la lucha -y por supuesto también en los colegios- contra las enfermedades de transmisión sexual, contra el embarazo no deseado, y por la libre competencia teórica para interpretar cada uno a su manera los procesos vitales de las personas.

Peró más allá de todo, es necesaria y urgente la difusión de elementos tendientes a esclarecer el tema.

Sin embargo, eso sería "información sexual" (entre información y educación hay más que una diferencia semántica), algo que se brindaría limitando los consejos (los chicos hacen lo que los padres y maestros hacen, no lo que ellos les recomiendan), sincerando las respuestas, combatiendo el autoritarismo e intentando no dominar las pulsiones ajenas.

Freud (otra vez se debe recurrir a él), escribía que "El orgullo terapéutico es tan poco deseable como el orgullo educativo".

Porque el educador, en materia sexual, debe controlarse y considerar menos sus deseos y más la capacidad de su alumno.

El hecho de limitarse a dar información (no la que se quiera sino la que sea solicitada) termina con la omnipotencia del supuesto "saber sexual". Porque el hecho de que la información produzca resultados es un propósito, una dura aspiración, pero no una ley.

En la "modernidad líquida", decir que "se sabe" de sexo es poseer un tesoro capaz de convocar multitudes. Los medios de comunicación están atestados de personas que dan consejos coitales y que, al igual que los educadores sexuales, difunden un supuesto "sepa cómo" al que no le importa el "por qué". Con su afán comercial y a cambio de que se difunda su dirección electrónica o su teléfono, se trepan a cuanto medio se ponga a tiro.

Michel Foucault, en su hipótesis sobre la represión sexual, llama a ese supuesto conocimiento sexual "beneficio del locutor": una manera de alcanzar un poder con la sola enunciaci3n de un supuesto saber. Pero tal sapiencia, se podría agregar, resultaría refutada por una antigua réplica: "Mejor que decir es hacer".

La Ley de Educación Sexual, por su inconsistencia, sólo recuerda, hasta el momento, cierta frase de Bernard Shaw: "A los seis años interrumpí mi educación para ir a la escuela".

"Limitarse a dar información
(la que sea solicitada)
termina con la omnipotencia
del supuesto 'saber sexual'."